

Ignacio M^a Muñoz

M Í A



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— ANAQUEL DE NARRATIVA, n^o 22 —

MADRID • MMXIX

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © IGNACIO M^a MUÑOZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía de cubierta © IGNACIO M^a MUÑOZ
Contracubierta editada por ARTURO DE MIGUEL

Primera edición: Mayo 2019
I.S.B.N: 978-84-120024-7-8
Depósito legal: M-17283-2019

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Para Ana

1 8 8 7

CAPÍTULO I

Angustias tenía que apretar el paso si quería caminar a la par que su madre; y, además, porque a primera hora de la mañana el frío se hacía sentir. No había cedido a la recomendación de llevar algo más de abrigo y ahora se arrepentía. Se dirigían las dos por la recién bautizada calle Ancha, antes calle de San Lorenzo, en dirección a su parroquia, Nuestra Señora de las Angustias y San Lorenzo. En esa iglesia, a poco más de quinientos metros de su casa, habían bautizado a la joven; y lo habían hecho con el nombre de la titular del templo, en cumplimiento de la promesa que hizo su madre, doña Adela, al presentarse el parto con grandes dificultades. Habían pasado ya dieciocho años desde aquel alumbramiento, pero para todo el mundo, y sobre todo para sus padres, Angustias seguía siendo una niña.

Era —esto sí, sin lugar a dudas— muy guapa. Menuda, ligera de movimientos, graciosa; con una piel blanca que despertaba admiración, pues no podía decirse que fuera en absoluto consecuencia de la falta de salud. Al revés, lo que irradiaba Angustias era frescura. Sin embargo, en su interior, era una joven un tanto melancólica.

En el último tramo, la madre aceleró aún más el paso —«Niña, espabila, que vamos a llegar al humo de las velas»— y la joven quedó definitivamente rezagada. Doña Adela estuvo tentada de entrar sola en la iglesia y adelantarse a ocupar el sitio en el banco que le gustaba, ni en las primeras filas, ni en la última. Ella lo achacaba al cumplimiento del mandato evangélico sobre la obligación de mostrarse humildes, pero en realidad era pura estrategia: sabía que desde allí, en la primera misa del día, podía controlar perfectamente todo lo que sucedía en la iglesia. De sobra sabía que los últimos bancos no se llenaban y que desde el centro de la nave podría tener una visión completa. En esas estaba cuando les vio.

Doña Encarnación Sanz de Palacios, esposa del ex gobernador civil, estaba en la puerta hablando con un joven. Más bien ya un hombre, pues pasaría con seguridad de los treinta. Era muy apuesto: moreno, con patillas a la moda y sin bigote, alto. Sorprendentemente, para la hora que era, su atuendo no era el más adecuado. Vestía un frac muy bien cortado y llevaba una capa negra recogida sobre el brazo izquierdo. Se cubría con un sombrero de copa alta, de seda. Doña Adela ignoraba quién podía ser. Sintió el impulso de saludar a doña Encarnación y averiguarlo, pero se refrenó. Al fin y al cabo, solo la conocía de vista y no consideró prudente rebasar la barrera que la posición social de aquella mujer establecía entre ambas. No se trataba de que ella, doña Adela, fuera de una clase social baja, pues no era ese el caso, ya que su marido, don Eladio Requena, era el oficial mayor de la notaría de la capital; en realidad, la mano

derecha del notario, que vivía en Madrid y apenas pasaba unos días al mes por su plaza, lo justo para firmar las escrituras que don Eladio preparaba. Además, ella tenía unas rentas heredadas de su madre, lo que hacía que su situación económica fuera desahogada; y su posición social, en consecuencia, bastante digna. Lo suficiente como para considerarse parte de la sociedad de aquella pequeña capital de provincia castellana. Así que esperó a que Angustias la alcanzara.

Cuando la muchacha estuvo a su altura se acercaron ambas a la puerta, donde estaban de pie doña Encarnación y su joven acompañante, y entonces pudieron oír parte de la conversación.

—Tía, por Dios —el joven hablaba despacio y con la voz algo cavernosa; de cerca, se podía comprobar que su gesto era de cansancio profundo, casi tanto como sus ojeras—. Ya ve que la he acompañado a la iglesia, qué más quiere que haga. Y qué más da cómo venga vestido.

El gesto de su tía era de palmaria reprobación; y lo que le decía, con total seguridad, también. Pero esto solo lo pudo deducir doña Adela por el gesto de la que resultó ser la tía del joven, pero no porque pudiera oír lo que le decía, pues la mujer se mostraba experta en hablar en voz baja y sin apenas mover los labios.

—Pues sí, tía Encarna, cuando me he querido dar cuenta de la hora que era, se había hecho ya muy tarde y no me merecía la pena pasar por casa para descansar algo y cambiarme, así que he preferido alargar la velada y pasar directamente a recogerla.

Lo importante es que estoy aquí, ¿no? ¡Cómo iba yo a dejar sola a mi queridísima tía ante los peligros de una primera misa en esta iglesia tan alejada de su casa...! Ahora, si me lo permite, durante la misa me acercaré a tomar un café aquí cerca; y le prometo que estaré en la puerta como un clavo para recogerla a la salida y devolverla sana y salva a casa.

El recurso del joven a la broma y las carantoñas con que acompañó sus palabras hicieron su efecto y cambiaron el rostro de su tía, que solo fue capaz de dedicar a su sobrino —y esto ya, bajada la guardia, sin darse cuenta de que podían oírla— una amonestación bastante aguada.

—Anda, zalamero, ya hablaremos tú y yo en casa. Si tu madre supiera los disgustos que me das...

No quiso acabar la frase, porque en ese justo momento doña Adela y su hija estaban a su altura. El joven, al sentirlas llegar, se giró. Al verlas, le cambió la expresión. Más bien, para ser exactos, al ver a Angustias. De repente, parecía como si se le hubiera borrado el gesto de fatiga y sus ojos emitieran de nuevo la luz con que, de seguro, habían brillado durante la noche de fiesta. Caballerosamente, se quitó el sombrero y, con una reverencia tan solo esbozada, se hizo a un lado para que pasaran al interior del templo madre e hija.

—Señora; señorita... Adelante, por favor —no apartaba la mirada de Angustias—, entren, que la misa está a punto de comenzar. Tía —se dio la vuelta en dirección a la mujer, quien se asombró al oírle—, entremos detrás de estas encantadoras damas, que a mí tampoco me gusta llegar tarde a misa.

Dicho lo cual, tomó del brazo a su tía y se dirigió con ella hacia su puesto. Él habría preferido ver dónde se sentaba la joven y haber ocupado una posición desde la que poder observarla durante la ceremonia, pero tuvo que contentarse con hacerlo donde le indicó su tía: en el primer banco. Estaba visto que para la mujer del ex gobernador civil no regía el mandato evangélico de la humildad. Así que el joven se resignó a echar miradas de reojo hacia donde estaba sentada la joven; y a recrearse en la sensación que le había producido la vista de aquella preciosidad en la puerta del templo. Se preguntaba cuántos años tendría y qué podría hacer para serle presentado. Agotado como estaba por la noche de intensa fiesta, esos pensamientos le mantuvieron en vela. Ensoñado, pero despierto.

A Angustias tampoco le pasó inadvertido el encuentro. En cuanto vio al joven, se arreboló y se sintió turbada. Además, su galantería al invitarla a entrar en la iglesia le había parecido el *súmmum* de la caballerosidad. No había visto nunca un hombre tan apuesto. Claro que se había fijado en otros jóvenes; y que algunos le habían resultado bien parecidos, y hasta simpáticos. Pero nunca, jamás, ninguno como aquel. La profundidad de su mirada, la sonrisa apenas apuntada. Su porte... El caso es que estuvo la misa entera en estos pensamientos, que le producían un como calambre por el cuerpo, que no había sentido hasta entonces. Y ello hizo que se olvidara del frío que sentía en esa húmeda y destemplada iglesia, y de que no recurriera al chal de seda que —siempre tan precavida— llevaba su madre «por si acaso».